

original

RECURSOS HUMANOS PARA LA COMUNICACION SOCIAL

Tema presentado ante el  
I Congreso Nacional sobre  
Escolaridad y Práctica  
Profesional de Periodismo.

Miércoles 14 de Octubre, 1981.

Por MANUEL BUENDIA.

Permítanme, para empezar, hacer algunas reflexiones --muy personales, sin ninguna clase de "ánimus feriendi" -- sobre las escuelas de periodismo y sus proximidades.

Cuando sus programas no corresponden a la realidad, las escuelas de periodismo se parecen mucho a los cursos de natación por correspondencia: titulan a excelentes nadadores en estilo de mariposa, dorso, "crawl" y hasta en clavados ornamentales ... egresados que al tomar su primer baño de tina se ahogan con todo y título.

Estas escuelas debieran interesar no sólo a aspirantes sino también a los periodistas que a orgullo tienen no haber

pisado jamás una aula de esa especialidad académica.

Ciertamente la gran mayoría de periodistas en el país aprendimos a tocar de oído o como el pollino aquel que se encontró casualmente una flauta entre la hierba y poco después ya se sentía un virtuoso de la música.

El autodidactismo es la difícil ruta que muchos escogemos para llegar a ocupar un sitio. Y no es mala idea, siempre que no emprendamos el camino para eso, para llegar, es decir, para alcanzar una meta inamovible en el corto o mediano plazo; para aposentarnos en ella, como quien construye su castillo con el fin/<sup>de</sup> quedarse en él para siempre. Un castillo así es de naipes y la manera más torpe de entender el periodismo.

Periodista que/<sup>afirma</sup> "ya llegué", "ya la hice", "nadie me puede enseñar nada nuevo", es porque comenzó a envejecer mentalmente desde el minuto anterior.

Por los fantásticos azares del oficio, el periodista se siente de pronto en la aguda cumbre. Pero los objetos demasiado agudos --así se trate de cumbres-- no dejan mucho espacio para poner los pies y menos son recomendables para sentarse en ellos.

Además las/  
cumbres marean; y otros vienen por la ladera, reptando, subiendo, para llegar también, y derribarnos. Dejemos entonces las alturas lo más pronto posible y continuemos el recorrido inacabable que es el verdadero destino del periodista.

En ser distintos y mejores todos los días, está el secreto de los periodistas que viven con una alegre intensidad, envidiada y desconcertante para quienes no saben lo que nos pasa.

El colega y alto poeta Alejandro Avilés, lo expresó así en "La vida de los seres": "No, no quiero morir. Por eso escribo".

Nada me ha ayudado más a mejorar en mi oficio que tratar de enseñarlo. Por eso me he mantenido vinculado a la docencia del periodismo desde hace 25 años. Es en mi propio beneficio, porque no soy ningún apóstol de la enseñanza.

Tales son las razones por las que hace un momento dije que las escuelas debieran interesar a los periodistas en acción, sobre todo a los que se creen mayores en virtud, saber y gobierno.

Si aceptan ir a las escuelas a derramar una poca de su sabiduría y experiencia, pronto descubrirán que son ellos los que han empezado a tomar ahí un curso de especialización y capacitación.

Todos saldrán ganando. El maestro, porque habrá recibido una lección de humildad que no es precisamente una de las virtudes cardinales entre periodistas. Los alumnos, porque siempre les beneficiará conocer a aquéllos a los que no deben imitar si quieren ser buenos periodistas; y la escuela, porque incluir a los profesionales del ramo en su plantilla de maestros, será lo mejor que les ocurra.

Tal vez la situación ya no persista, pero hasta hace pocos años en algunos planteles más o menos reputados enseñaban redacción periodística y técnicas del reporterismo amables personas que todo cuanto sabían de las interioridades de un periódico lo habían aprendido cuando fueron a publicar un anuncio.

Pero vincular los programas de estudio con la realidad es un desafío múltiple.

No sólo se trata de cubrir la obvia necesidad de un profesorado idóneo; y de afianzar lo que a todos nos parece básico: el aprendizaje del idioma.

Es importante eso pero no basta.

Es importante que periodistas con una larga y quizá hasta brillante permanencia en el oficio, enseñen los secretos del mismo a quienes aspiran a incorporarse a esta actividad social y para/ <sup>alcanzar tal propósito</sup> se presentan en las aulas, imaginando que en ellas habrá alguien que sepa algo de periodismo.

Es importante que se ponga énfasis en el aprendizaje del idioma, y esta inclinación, apasionada, por conocer profundamente y respetar el principal instrumento de nuestro trabajo, se tome como el más claro indicio de la verdadera vocación.

Es importante que se dote a los estudiantes de periodismo de un considerable acervo de conocimientos generales sobre la historia, la organización jurídica y la economía del país. También sobre el conjunto de instituciones de la comunidad internacional, y los problemas principales que la aquejan.

Sí, todo esto es muy importante. Pero no basta.

Es necesario, urgente, que hoy nos hagamos una pregunta incómoda pero ineludible. De la honradez con que busquemos y demos la respuesta, dependerá uno de los mejores y más trascendentales frutos de este Congreso.

La convocatoria que hoy nos congrega --impulso y decisión de un grupo de periodistas encabezados por esa irre

ductible cuanto ejemplar reportera, Isabel Zamorano-- es la primera y gran oportunidad que se nos ofrece para reflexionar, desde los puntos de vista de los docentes, pero también de los ejercitantes del periodismo, sobre una extensa variedad de cuestiones que afectan a esta actividad.

que ésta

Pocas profesiones influyen más/en la sociedad, para su mal o para su bien. De la clase de periodismo que tenga un país dependerá en mayor medida su éxito o retraso en la búsqueda de la justicia y la democracia; su independencia política y económica; el desarrollo y consolidación de sus instituciones nacionales.

Nuestra asamblea deliberante sin duda se instalará en esta perspectiva. El hecho mismo de que estemos aquí significa que hemos tomado conciencia acerca de que las decisiones, los frutos del esfuerzo común no se consumirán en el estrecho ámbito administrativo de los planteles, sino que definitivamente se inscribirán en la suma de trabajos que muchos mexicanos --de todas las edades, condiciones económicas y rangos culturales-- realizan constan-

temente, en todos los ámbitos de la geografía patria, persuadidos de que ésta es la empresa común, porque el mejoramiento del país sólo puede ser asunto de nosotros mismos.

La pregunta que deseo depositar en la conciencia de ustedes es la siguiente:

¿Las escuelas de periodismo están formando profesionales para la frustración?

Si ustedes quieren, podríamos buscarle variantes.

Por ejemplo:

¿Qué grado de certidumbre da una escuela al muchacho que durante tres, cuatro, cinco años concurre con la inversión de su dinero y algo de más valor que el dinero: su tiempo y su esperanza?

O pongamos el problema así:

¿Cuántas, cuáles de estas escuelas tienen realizados verdaderos estudios del mercado real de trabajo, para ad -

vertir oportunamente a los alumnos?

Porque lo cierto --al menos la verdad que yo conozco, porque me consta-- es que no hay empleo para buena parte de los muchachos que salen de las aulas con su flamante título o diploma en las manos.

Los economistas-- esos gurús que viven bien cobrando para explicarnos por qué los demás vivimos mal-- utilizan la sal como ejemplo de lo que llaman "demanda inelástica". Es decir, nadie puede ser convencido --ni por la más costosa campaña de publicidad-- para que consuma mayor cantidad de sal que la requerida por su organismo. En consecuencia, la producción de sal no puede aumentar más allá de los límites impuestos por el número de "demandantes" que ya se conocen.

Pues bien, amigos y colegas: Tampoco es elástica la demanda de periodistas. Podríamos arrogarnos el título de ser "la sal de la tierra"... pero en el mal sentido de la palabra, nos diría inmediatamente un economista,

No me atrevo a manejar cifras porque seguramente ustedes poseen mejores datos <sup>posee el</sup> ~~respecto al~~ número de egresados de las escuelas de periodismo que hay en el país. Pero sabiendo que podemos estar cerca de una coincidencia, adelanto mi opinión al respecto: son demasiados.

Dolorosa, deprimentemente demasiados.

Siempre habrá que considerar con dolor y con ánimo deprimido el hecho de que muchos mexicanos, sobre todo jóvenes, estén caminando hacia la frustración.

Esto sería una nueva muestra de uno de los graves problemas que confronta la educación superior en este país: la falta de planeación adecuada; la deficiente orientación vocacional.

Formar profesionales para quienes se presentará muy difícil el mercado de trabajo o, peor aún, para quienes definitivamente ese mercado no existe, es un verdadero crimen, que tiene víctimas concretas, individualizadas, entre los jóvenes y ofende a la sociedad.

Nos puede estar pasando ya con los estudiantes de periodismo lo que desde hace años ocurre con los que ingresan en las escuelas de leyes, que hay en todas partes, como las academias de taquimecanografía o las de corte y confección.

A pesar de que somos uno de los países latinoamericanos con mayor número de ejemplares de diarios por habitante (cien

copias por cada mil pobladores), o sea dos y media veces más que en países como Haití, Bolivia y Guatemala; a pesar también de que aquí se edita una de cada tres revistas en América Latina, y de que aquí tenemos una de cada 5 estaciones <sup>radio en</sup> de/la misma área continental, lo cierto es que el número y tamaño de las redacciones para publicaciones y noticieros no crece ni crecerá en la proporción necesaria para absorber la mano de obra en oferta.

Y, claro, como la excesiva oferta de trabajo no se frena sino que aumenta constantemente, ello repercute en bajos salarios y en infames condiciones laborales, que sin duda enriquecen más aprisa a <sup>ciertos</sup> empresarios, pero a los trabajadores humillan. Vis a vis con otras actividades profesionales que demandan preparación y responsabilidad social semejantes, la del periodista es una de las peor pagadas en México.

Me gustaría saber dónde está la escuela de periodismo que tiene un adecuado sistema de orientación vocacional para sus alumnos de nuevo ingreso, y un estudio de los problemas ocupacionales que confrontan sus egresados. No digo que no exista; digo que me gustaría saber cómo se llama, para pedirle que nos oriente al respecto.

Podríamos preguntarle al representante de esa escuela cómo, con qué lenguaje se informa al alumno de nuevo ingreso

que va a invertir entre tres y cinco años (dinero, tiempo, esfuerzos, esperanzas) para luego enfrentarse a un medio profesional donde se vuelve juego de niños aquella terrible divisa de la selva en donde sólo el más fuerte sobrevive.

Podríamos preguntarle también cómo les va a sus egresados; en dónde trabajan y si lo que ganan guarda proporción con las expectativas que tuvo el joven estudiante, o si ahora nada quiere saber de la escuela que lo formó para la frustración del subempleo.

Y como ocurre cuando cosechamos los frutos de la mala planeación educativa, llegamos a descubrir que no sólo cometemos el error de formar recursos humanos en la proporción que no se necesitan, sino que dejamos de formar los que sí se están demandando en la parcela contigua.

Somos un ingenioso país en donde para que los errores sociales nos resulten más costosos, los cometemos por partida doble.

En el caso, --y aquí llego al punto crucial de mi tema--, tengo la impresión de que estamos cultivando un superávit de periodistas estandarizados, y estamos descuidando un déficit de comunicadores sociales.

Este congreso que comienza hoy a estudiar y debatir las cuestiones que atañen a la enseñanza y práctica del periodismo no puede desentenderse del contexto real en que se inserta

~~esta~~ <sup>la</sup> profesión y su ejercicio.

O está al servicio de la sociedad o el periodismo no se justifica.

Entender el periodismo como un reducto de poder que se sustrae a las leyes, demandas y necesidades de las mayorías populares, es subversión.

Ejercer el periodismo como actividad elitista cuya influencia se derrama a capricho sobre el cuerpo social, es supremo pero intolerable egoísmo.

Nuestra única justificación está en participar, con aptitud y entrega, en la tarea de construir la nueva sociedad civil a la que debemos encaminarnos todos, so pena de producir, a plazo dramáticamente cercano, una crisis nacional, con dimensiones de catástrofe histórica.

La despolitización, la corrupción, las prácticas antidemocráticas, la ineficiencia administrativa, la deserción empresarial, la ausencia de liderazgo, la autodenigración, el avance de la ira popular ante escasez y carestía irrefrenadas, la simulación y la mentira como nuestra segunda <sup>la</sup> piel, <sup>la</sup> devaluación de símbolos y <sup>la</sup> erosión constante de principios que son nuestra identidad como mexicanos, son en un deplorable panorama, evidencias de que estamos ya en la pendiente de una profunda crisis.

Si hemos de saber afrontarla y vencerla, sólo será a base de recuperar el paso, de rescatar la autoridad moral en la Nación.

Pero un esfuerzo, una cruzada que concierte y ponga de pie las fuerzas que aún podemos extraer de nuestra reserva espiritual --como gran pueblo que hemos sido, como gran pueblo que somos todavía--, sólo será posible si logramos construir a tiempo un mejor flujo de ideas entre nosotros; si sabemos operar esos mecanismos para aprender los unos de los otros; si entendemos que de esa comunidad, de esa comunión podemos suscitar la fortaleza para enfrentar las acechanzas de quienes según ya se dijo recientemente, pretenden vernos convertidos, como país, en masa amorfa, explotada y envilecida.

Por eso es insoslayable que en una concurrencia de expertos en la estructura docente del periodismo, se trascienda hasta la perspectiva de la comunicación social.

Si ustedes me permitieran plagiar términos --por otra parte un poco desgastados ya-- diría que a partir de las reflexiones sobre el periodismo podríamos mejorar nuestra óptica ampliándola hacia la comunicación social, considerándola --y aquí viene el plagio-- como intención globalizadora y concepto totalizador.

En efecto, la comunicación social es la categoría superior que rige, integra y da sentido a las actividades y a las técnicas concretas de la información, la publicidad, la propaganda y

las relaciones públicas.

Es la comunicación social uno de los elementos constitutivos del poder. Si así la entendemos, tendríamos que considerarla "indispensable para el buen funcionamiento de las instituciones en un país moderno", según expresé recientemente al exponer el tema ante el Colegio de la Defensa Nacional y como he repetido no sé cuantas veces más en tribunas como ésta.

Permítanme entonces continuar mi autoplagio sobre la comunicación colectiva considerada como un conjunto de ciencias y una función y técnicas que deben llenar un ámbito/específicos en la organización del Estado, del gobierno, de la sociedad civil.

"(...) Si se le suprime, si se le omite en las estructuras gubernamentales, se producirá entonces uno de los ejemplos clásicos de vacío de poder.

"En este orden de ideas, los medios de comunicación masiva se definen como parte del instrumental de poder en un país.

"El estudio de las ciencias y técnicas que atañen a la comunicación social debiera ser una alta prioridad para cualquier país; pero especialmente para uno como el nuestro, situado ahora, casi súbitamente, en una encrucijada de peligros externos y riesgos internos que sólo será posible enfrentar si se preserva la solidaridad y la unión entre los mexicanos, al menos entre las mayorías populares.

"Y nada pone más cerca de la destrucción esa unión y esa solidaridad que el sometimiento al constante bombardeo de la propaganda adversa, a través de medios que sirven a designios opuestos a nuestro interés nacional.

"En México hay una notoria deficiencia respecto al estudio de la comunicación masiva, como ciencia y técnica, enfocado a la preparación de comunicadores que sirvan a las instituciones del estado, a los organismos del gobierno nacional, a las agrupaciones de obreros, campesinos y profesionales, a los partidos políticos, etc.

"La comunicación social --comprendidas en este concepto las cuatro acciones básicas: información, publicidad, propaganda y relaciones públicas-- debería ser tomada, insisto, como una alta prioridad nacional, porque de ella depende en gran medida la gestión democrática de la sociedad en que vivimos".

Me parece que las escuelas de periodismo, sobre todo las dependientes de universidades populares o que estén vinculadas con esos mismos principios de conciencia social, podrían efectuar ajustes y avances en la estructura de sus planes de estudio para emprender la tarea de formar no ya tantos periodistas estandarizados, sino a comunicadores.

Sería ésta una especialización que cumpliría un doble propósito muy gratificante en todos sentidos:

Ayudaría al país a disminuir el déficit que ahora tiene

de estos conductores sociales, de estos auténticos líderes de la organización colectiva moderna. Y, por otra parte, aportaría a los estudiantes una nueva perspectiva profesional en donde hay demanda para ellos y en donde las compensaciones económicas son mucho mejores.

De algunos planes de estudio que me ha tocado conocer, extraigo como conclusión muy preliminar --sujeta a la corrección de ustedes-- que en algunas escuelas se imparten cursos aislados sobre, por ejemplo, publicidad y propaganda. Pero hace falta, en el tronco común, una asignatura que integrara esos conocimientos dispersos, los perfeccionase y les agregara el desarrollo técnico para producir como resultado final la formación de comunicadores sociales.

De hecho, en la bibliografía más extendida entre las escuelas de periodismo, ya figuran textos sobre cuestiones específicas de la comunicación colectiva, pero también hace falta inducir su lectura con el propósito deliberado y explícito de que contribuya a la formación teórica y a la capacitación técnica del futuro comunicador social.

No desconozco el dato de que en universidades donde se están formando las élites para la dirección de empresas privadas, sí se ha puesto un gran interés en que las correspondientes escuelas de periodismo se transformen en almacigos de comunicadores sociales.

En cambio la falla, el vacío es muy notable en las escuelas que con dineros del estado o con recursos propios tan difícilmente conseguidos, pretenden estar sirviendo a propósitos de la comunidad nacional.